

EL FUTURO DEL MUNDO A TRAVÉS DE LA ESPERANZA DEL HOMBRE⁸⁹

San Agustín aborda en sus *Confesiones*⁹⁰ el notable fenómeno del tiempo e intenta profundizar en su esencia. En su penetrante análisis, tropieza con algo sorprendente: propiamente no existe en absoluto el presente como una magnitud delimitable. En el instante en que me dispongo a llamar presente a algo, este presente es ya pasado y ha cedido su sitio a un nuevo instante. Considerándolo con precisión, el presente es sólo el punto inextenso en que se entrecruzan pasado y futuro. La impresión del presente surge únicamente porque nuestra conciencia condensa en una unidad un espacio de tiempo y lo entiende como su presente. El presente, por tanto, es un fenómeno psíquico, espiritual. Por esto son los presentes de los individuos tan diferentes, porque el sector de tiempo que abarcan y consideran como su ahora es totalmente desigual. Agustín investiga aún más en este punto y pregunta: si esto es así ¿qué es propiamente lo real? El pasado no existe ya, el futuro todavía no, el presente lo creamos nosotros mismos, al unir en un todo pasado y futuro. ¿Qué es entonces la realidad? No vamos a penetrar en estas reflexiones, aunque es útil recordarlas de vez en cuando para traer a la conciencia la fragilidad de nuestro acceso a lo real, esto real que nos sale al encuentro, aparentemente de forma tan fija y segura.

Permanezcamos en la primera observación: el presente es una creación de la conciencia humana que condensa pasado y futuro en un “hoy”. Esto significa, ya lo dijimos, que el presente puede tener muy distintos acentos. Hay tiempos que están totalmente repletos con el pasado, como en las culturas tardías, que no miran ya adelante sino sólo atrás. En la Iglesia preconiliar, en muchos aspectos, pudo existir algo semejante: parecía que la teología había pensado y la piedad había practicado y conformado ya todo lo que había que pensar, practicar y conformar; todos los huecos estaban llenos con los datos de la tradición, como un templo completamente repleto de altares e imágenes, testimonios de la piedad de generaciones pasadas. En esta situación, o se entierra el presente (que por lo demás es sólo pasado) en lo definitivamente transcurrido, o se llega a una explosión que pretende buscar espacio a lo nuevo y que, en la mayoría de los casos, deja de lado, junto con mucho de lo realmente empolvado, también algo valioso y santo⁹¹. Existen, en cambio, otras épocas tan completamente absorbidas por la angustia del instante que no queda ninguna posibilidad de mirar atrás o adelante. Y finalmente hay épocas con todo su peso en el futuro, con un presente totalmente relleno con la mirada al mañana. El presente del cristianismo primitivo era de esta clase. En una época histórica repleta con el pasado, el cristianismo primitivo lo consideró todo como fundamentalmente acabado, y se abrió por completo a esperar lo porvenir, al mundo nuevo que aguardaba a Cristo que ha de volver. En forma, sin duda, completamente nueva, nuestro tiempo es también de esta clase. La humanidad camina con pasos cada vez más rápidos hacia algo completamente nuevo. Todo lo precedente aparece sólo como prehistoria.

Hoy en realidad vivimos bajo la impresión de un fabuloso cambio en la evolución de la humanidad. De un cambio, ante el cual, el paso de la edad media a la reforma nos parece anodino; e incluso la invasión de los bárbaros, límite entre la antigüedad y la edad media,

⁸⁹ [Del libro *Fe y Futuro*, Ed. Sígueme, Salamanca]. Este manuscrito se redactó para una serie de conferencias destinadas a la exposición de la constitución pastoral del Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo de hoy. Intenta clarificar el planteamiento conceptual del capítulo 3º de la misma parte de la constitución.

⁹⁰ *Confesiones* XI, c. 13, 17, conclusión. Cf. el análisis del texto hecho por H. U. VON BALTHASAR, *Das Ganze im Fragment. Aspekte der Geschichts teologie*, Einsiedeln 1963, 21-25.

⁹¹ Cf. para esto las instructivas reflexiones de A. GRILLMEIER, *Die Reformidee des II Vatikanischen Konzils und ihre Forderung an uns*, en L. SCHEFFCZYK - W. DETTLOFF - R. HEINZMANN (eds.), *Wahrheit und Verkündigung. M. Schmaus zum 70. Geburtstag*, Paderborn 1967, 1469 s.

difícilmente nos parece tener la importancia fundamental característica de nuestra actual transición; nuestra transición, en todo caso, sólo es comparable a las revoluciones realmente grandiosas en la evolución de la humanidad. Quizás nunca hasta ahora ha estado tan presente como hoy a los ojos del hombre el factor “tiempo”, “evolución”.

Quien haya vivido conscientemente aunque sólo sea los últimos treinta años, se ha visto empujado de un cambio a otro. Lo que ayer era aún utópica novela futurista, que pintaba como realidades unos sueños irrealizables, está hoy superado por la evolución, parece ingenuo y modesto ante lo que experimentamos y lo que comienza a ser posible. El sueño de Dédalo y de Ícaro, volar por el cielo, ya no es un mito lejano para constatar resignadamente la pesadez terrena del hombre a quien no le han crecido alas. Volar por el cielo es realizable, la mano del hombre alcanza hasta el “cielo”, ya no existe lo imposible. Se pierden los límites fijos del ser, se pone de relieve la movilidad de todo lo real, la doctrina de la evolución es para el hombre, por así decir, desde dentro, algo verosímil y realizable. El mundo pasado se caracterizaba por la continuidad. Modas y usos permanecían iguales de generación en generación. Hombres y cosas aparecían como sólidamente ensamblados. El tránsito de una cosa a otra era inimaginable, incluso cuando se consideró científicamente fundado y cierto. Hoy, en cambio, somos testigos de que nada de lo que existe está ya concluido, testigos de una realidad que no es permanencia sino devenir.

El hombre de hoy mira al futuro. Su lema es “progreso”, no “tradicición”; “esperanza”, no “fe”. Conoce sin duda un cierto romanticismo del pasado. Le gusta rodearse de las joyas de la historia, pero todo esto sólo confirma que estas épocas ya están pasadas y que el reino del hombre de hoy es justamente el mañana, el mundo que él mismo se construye. Porque lo que se aguarda, en contraposición a la Iglesia primitiva, no es el reino de Dios sino el reino del hombre, no la vuelta del Hijo de Dios, sino el definitivo resurgir de un orden humano racional, libre y fraterno, orden encontrado por los mismos hombres. La evolución que experimentamos no se presenta como regalo de arriba, sino como producto de un duro trabajo, de una acción planificadora, calculadora, creadora. De aquí que la esperanza no signifique ya para el hombre actual una expectación de lo que no está en su mano, sino una actuación por sus propias fuerzas. El hombre aguarda la salvación de sí mismo y parece estar a punto de dársela. Con el primado del futuro se une un primado de la praxis, un primado de la actividad humana, superior a cualquier otra postura.

También la teología se abre cada vez más a esta postura, la ortopraxis deja en segundo lugar a la ortodoxia, la “escatopraxis” parece más importante que la escatología. Como antes se encargó el pensamiento racionalista popular de decir a los campesinos que los abonos químicos son más eficaces que la oración, así también ahora, en relación al tiempo actual, se pueden leer cosas por el estilo en la literatura “religiosa” esmerada moderna. En ella encontramos la reflexión de que en tales circunstancias la oración habría de ser “transfuncionada”; sería ahora difícil considerarla aún como llamada a la ayuda divina, habría más bien que considerarla como un reunir para la praxis las propias fuerzas humanas. Con frecuencia se dice que la fe progresista ha muerto. Ahora resucita de nuevo y encuentra nuevos seguidores el optimismo que piensa que el hombre en último término puede aún crear la ciudad del hombre.

La ciudad del hombre: lo que para muchos es un estandarte de su deseo, tiene para otros una resonancia melancólica. Porque simultáneamente a la esperanza se extiende también el miedo. De nuevo crece la angustia, que en los instantes optimistas de la época postbélica pareció casi exterminada. Cuando los hombres pusieron por primera vez su pie en la luna, nadie pudo sustraerse al entusiasmo, al orgullo, a la alegría, ante el hecho prodigioso conseguido por el hombre en este momento. No se lo consideró como una victoria de una nación sino como una victoria del hombre. Pero con la alegría se mezcló una profunda tristeza: el mismo hombre que había conseguido algo tan inaudito, no está en condiciones de impedir que año tras año miles e incluso millones de hombres mueran de hambre; no puede ofrecer una existencia dignamente humana a millones de hombres hermanos; no es capaz de terminar la guerra y de enjugar la

creciente marea del delito. Es más fácil de encontrar el camino a la luna que el camino del hombre hacia sí mismo. El poder técnico no es necesariamente un poder humano. El dominio de sí mismo está claramente en un plano completamente distinto al del dominio del quehacer técnico.

Sigamos adelante. No hay duda de que la técnica crea nuevas posibilidades a la humanidad. El cristiano no tiene motivo alguno para tener un resentimiento antitécnico. Quien ha crecido en un mundo considerablemente pretécnico no siente la tentación de caer en el romanticismo de lo natural. Sabe lo difícil que era todo, la cantidad de inhumanidad que se podía reunir precisamente también en el mundo atécnico; sabe que realmente ha habido una notable transformación hacia algo mejor, más hermoso y más humano. Pero la misma técnica que abre tales oportunidades a la humanidad, ofrece también nuevos caminos a lo antihumano. No hace falta que hablemos de los últimos horrores, de las armas atómicas, de las armas biológicas, de las armas químicas, aunque el acopio de terror dado con ellas permanece como una angustia secreta en algún lugar de la conciencia. No hace falta más que echar una ojeada a la “ciudad del hombre”: la planificación cada vez mayor significa, también cada vez más, una planificación del hombre. Las erupciones que sacuden nuestra sociedad moderna son una inconsciente rebelión contra la total planificación de nuestra existencia, planificación que produce un sentimiento de ahogo al cual se quisiera oponer resistencia. La planificación produce dependencia y con ella una debilidad del individuo como quizá nunca antes la hubo. A esto se añade que percibimos de forma cada vez más terrible el destino de nuestras propias obras: aire, agua, tierra, los elementos de que vivimos, amenazan descomponerse en el ambiente envenenado de nuestra técnica, las energías de que nos alimentamos nos aparecen al mismo tiempo como las fuerzas que un día nos podrían destruir. La ciudad del hombre empieza a imponernos miedo: podría transformarse en sepultura del hombre⁹².

Sin duda que sería ahora demasiado sencillo preparar el golpe con el mazo del teólogo y decir: por tanto, liberación de la técnica y no por la técnica, esperanza por la fe y no contra ella. Un Dios así fundado se asemeja demasiado al *deus ex machina* de la tragedia griega, que ya en Eurípides parece casi una burla de los dioses y de la fe: el mundo es de tal forma que sólo un dios que apareciese repentinamente podría ponerlo en orden; pero esto sucede tan sólo en el teatro, parece querer decir. Con esto, la tragedia en Eurípides encuentra menos salida que nunca, porque la realidad sigue sin Dios e injusta. El Dios cristiano no vino como *deus ex machina* para poner todo en orden a base de milagros, desde fuera, sino que vino como Hijo del hombre, para con-sufrir desde dentro la pasión del hombre. Y éste justamente es también el deber del cristiano; con-sufrir la pasión del ser humano desde dentro, ensanchar el ámbito del ser humano, que haya sitio en él para la presencia de Dios.

En este contexto se ha de comprender el sorprendente optimismo con que el Concilio acoge la época técnica y juzga sus progresos como realizaciones del encargo dado en la creación de que el hombre ha de someter la tierra⁹³. No cae con ello en la euforia de una acrítica conciencia técnica, que no fuese todavía consciente de su propia falta de fundamentación. Sabe de sobra, en contraposición a esto, que un cielo vaciado no basta todavía para hacer una tierra feliz, como parecen pensar muchos de los profetas de la nueva humanidad. Pero tampoco necesita huir al romanticismo de la pura naturaleza, o abandonar sencillamente al hombre a la pasividad. Crear la ciudad del hombre se convierte en un intento razonable cuando se sabe quién es el hombre. Cuando se conoce la medida de lo humano. Y la técnica se convierte en esperanza cuando recibe su módulo de orientación de la semejanza divina del hombre, que es el núcleo de su ser.

La afirmación conciliar de que el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo ni les lleva a abandonar el bienestar de los hombres sus hermanos, sino que les

⁹²Esta ambivalencia de la evolución moderna está presentada con esmerada ponderación en P. H. SIMON, *Woran ich glaube*, Tübingen 1967, 127-197.

⁹³*Gaudium et spes*, especialmente 34. Cf. el comentario de A. AVER en LThK - *Ergänzungsband III, Das Zweite Vatikanische Konzil*, Freiburg i. Br. 1968, 377-397.

obliga más estrechamente a la terminación de estas tareas, puede parecer apologética⁹⁴. Desde una visión completa de los factores del actuar histórico, es razonable y convincente. El hombre es la esperanza del hombre, el hombre es sin duda también el infierno del hombre y su perenne amenaza. Que la fe en último término se atreva a considerar al hombre como esperanza, proviene de que el hombre ya no es para ella el ser indeterminable que se va conociendo continuamente a sí mismo, sino que últimamente se llama Jesucristo. En Él, y definitivamente sólo en Él, es el hombre la esperanza del hombre. Pero esto significa al mismo tiempo que Dios no quiso ser la esperanza del hombre de otra forma que en cuanto que Él mismo se hizo hombre. El reino de Dios será la ciudad del hombre. El Nuevo Testamento concluye con la visión de esta ciudad. Sin duda, esta ciudad significa el fin y la destrucción de todas nuestras planificaciones. Viene de arriba. Pero viene sólo porque y cuando el hombre ha recorrido y ha apurado el ámbito de su ser de hombre todo lo que ha podido.

Así, de momento, nos queda sencillamente esto, probar la verdad de fe de que en Cristo el hombre se ha transformado en esperanza del hombre; probarlo por el hecho de que nosotros mismos, viviendo conforme a este módulo, nos transformamos en esperanza para los otros e intentamos acuñar el futuro con rasgos de Jesucristo, los rasgos de la ciudad futura, que será tan plenamente humana precisamente por ser tan plenamente divina.

⁹⁴*Gaudium et spes*, 34, conclusión: “De donde se sigue que el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, les impone como deber el hacerlo”.